

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Hermanos estamos en el vigésimo sexto domingo del Tiempo Ordinario, y les recuerdo que durante este año estamos en el ciclo C de lecturas dominicales. Las lecturas propuestas para este día son el capítulo sexto del Libro del Profeta Amós, continuamos la lectura de la primera Carta del Apóstol Pablo a Timoteo, en capítulo sexto, mientras que el evangelio es tomado de san Lucas, capítulo 16. El salmo de la liturgia dominical es el 145, al que responderemos "Alaba, alma mía al Señor".

El salmo responsorial nos está pidiendo responder, "alaba, alma mía al Señor". Es una oración de alabanza que el creyente realiza a su Dios, reconociendo su grandeza, su poderío, su justicia. Pero, ¿para ser buenos creyentes, basta con sólo "alabar a Dios", con estar a solas en oración con él, en comunión íntima con él? Podemos pensar que no, que es muy bueno tener ese trato íntimo con el Señor, beber de sus fuentes, llenar nuestro espíritu de su presencia, pero eso sólo como que no es suficiente. Y así se lo hace saber Pablo a Timoteo, cuando le dice que practique la justicia, la religión, el amor, la paciencia, la delicadeza. Actitudes todas, o casi todas, que habla de una relación con los demás, además de la relación con Dios, que es lo que entendemos cuando Pablo dice que practique la religión. Y va más allá, al indicarle a Timoteo que debe combatir el buen combate de la fe, para conquistar la vida eterna. De modo que esta lectura nos hace entrever que tenemos como una doble necesidad en el camino de crecimiento en la fe, uno que tiene que ver con la relación directa con Dios, con la oración y los sacramentos, y otra que tiene relación con los hermanos, con quienes nos rodean, y la tentación puede ser pensar que con la sola relación con Dios estaremos salvados, y parece que no es así.

La primera lectura del Profeta Amós, y el trozo del evangelio según san Lucas están planteando una realidad a la que no podemos evadir, que está en nuestro alrededor, y que exige que, en nombre de nuestra fe, respondamos con los criterios de Dios, y de Jesús. Es la realidad de la desigualdad, del desequilibrio entre los pueblos y las personas, la pobreza en general. Amós plantea que quienes tienen bienes corren el riesgo de pensar que ya lo tienen todo, inclusive la salvación. Y sin embargo en vez del cielo, irán al destierro. Recordamos la primera petición de Pablo a Timoteo, practica la justicia. Y Jesús nos grafica de una manera magnífica esa situación al poner un ejemplo concreto, el de el hombre rico y el pobre Lázaro. La tradición ha puesto el nombre de Epulón a este personaje, que en realidad no es un nombre sino un adjetivo, y significaría algo así como "hombre que come y se regala mucho". Recordando a Amós, aquél que se acuesta en lechos de marfil, comiendo carneros del rebaño y terneras del establo, que bebe vinos generosos, que se unge con los mejores perfumes. Hay concordancia casi exacta entre los personajes que se fían de Sión, los ricos de la era de Amós, y este hombre que banqueteara espléndidamente cada día, y que vestía de púrpura. Lo que significa que la riqueza, sea en los tiempos antiguos, como en la era actual, puede tener un mismo poder corruptor y de insensibilización, que es lo que condena Dios, con los profetas y con Jesús.

No pensemos que la condena de Amós o de Jesús es a la riqueza en sí. La riqueza no tiene valencia, sino la que le da el corazón de la persona. Si es justa, si comparte, si gracias a su capacidad logra generar honestamente recursos y los comparte, entonces es bendecida. Pero la que se logra con corrupciones, explotando a la gente, es la que causa escándalo, y es la que condena Jesús. Es la riqueza de quien se siente superior por el hecho de tener dinero, de pensar que los demás valen menos, son miserables como ese pobre Lázaro, al que sólo le tenían compasión los perros que le aliviaban las llagas al lamérselas. Es la denuncia que hace la Iglesia en tantos lugares, y que se ha hecho magisterio en América Latina desde Medellín y Puebla, al decir que la brecha entre ricos y pobres cada vez es más grande, porque hay ricos cada vez más ricos a costa de pobres, cada vez más pobres. Las lecturas de este domingo nos deben llamar a la reflexión sobre lo que significa tener bienes y recursos, y aplicar justicia en el compartir.

Te invito hermano a que interiorices esta escritura para que tengas los mismos sentimientos de Jesús, para que compartas, no sólo la riqueza material que puedas tener, sino sobre todo la riqueza espiritual para ayudar a los pobres en dinero, pero también a los pobres en espíritu.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)